

Los Herederos del Silencio

Un caso del investigador Lucas Messina

De la Serie: *Nouvelle Noire*

Jorge F. González

Gracias por tomarte el tiempo, para leer el inicio de esta novela.
Espero que la disfrutes tanto, como yo al escribirla.

Por favor, siéntete en la libertad de compartir este archivo.

O si prefieres compartir tu opinión, puedes dejar una reseña en Amazon.

Gracias.

Editorial
BLND Studio

www.blndstudio.mx

1

El muerto de Milán

El teléfono sonó a las siete y veintitrés de la mañana, cuando todavía no había terminado el café. No contesté de inmediato. Dejé que sonara una segunda vez mientras miraba el número: un prefijo internacional que no reconocí, con demasiados dígitos para ser una llamada casual. Trabajar dieciocho años en inteligencia enseña una cosa antes que cualquier otra: nadie llama tan temprano para darte buenas noticias, y nadie llama desde un número que no conoces para pedirte algo simple.

Contesté.

—¿Licenciado Messina? —La voz hablaba un español correcto, pero con el acento inconfundible de alguien que piensa en italiano antes de traducir. —Mi nombre es Fabrizio Contarini. Llamo desde el despacho Contarini, Belloni y Asociados, en Milán. Represento los intereses de la sucesión de Alessandro Romele.

El nombre no me decía nada. Se lo dije.

—No tendría por qué conocerlo. —Respondió. —El señor Romele fue presidente del consejo de Romele Industrial Group hasta su muerte, hace nueve días, en Milán. Un grupo industrial de tamaño medio, con casi cinco décadas de operación. Componentes industriales, tratamiento de insumos químicos, logística especializada.

Anoté el nombre de la empresa en el reverso de un sobre que tenía a la mano. Vieja costumbre: nunca confiar en la memoria cuando alguien empieza a dar datos que suenan preparados de antemano.

—Lo lamento, pero no veo todavía qué relación tiene esto conmigo.

—La tiene, licenciado. Y es la razón por la que le llamo un sábado, en lugar de esperar hasta el lunes para hacerlo por conducto formal.

Hizo una pausa, del tipo que los abogados hacen cuando están a punto de decir algo que preferirían no tener que explicar por teléfono.

—El testamento del señor Romele contiene una disposición poco habitual. Una parte considerable de su patrimonio, aproximadamente el cuarenta por ciento del total, queda bloqueada hasta que se demuestre la comparecencia de cinco personas expresamente identificadas en una cláusula sucesoria.

—¿Herederos?

—No en el sentido convencional. No son familiares del señor Romele. No hay ningún parentesco documentado entre ellos y el causante, ni entre ellos mismos, hasta donde hemos podido determinar. Son cinco personas que, según todo parece indicar, no tienen ninguna relación visible entre sí.

Me quedé callado un momento, no porque no entendiera lo que decía, sino porque ya empezaba a intuir la forma que tomaría el problema. Una cláusula así no se redacta por capricho. Se redacta porque alguien, antes de morir, necesita que ocurra algo muy específico y sabe que la única manera de garantizarlo es amarrarlo al dinero.

—¿Dónde están esas cinco personas?

—Ese es precisamente el problema, licenciado. Dos residen en Italia, según nuestros registros preliminares, aunque uno de ellos cambió de domicilio hace años sin dejar rastro administrativo claro. Una tercera parece residir en México. Una cuarta, en Brasil. Y la quinta...

—Contarini se detuvo de nuevo. —La quinta persona no existe, al menos no bajo el nombre que aparece en el testamento. No hay registro de esa identidad en ningún padrón contemporáneo de ningún país que hayamos podido consultar.

—Entonces no busca usted a cinco herederos. Busca a cuatro personas y a un fantasma.

—Bueno, esa podría ser una manera de decirlo, sí.

Le pregunté por qué un despacho jurídico milanés, con recursos evidentemente suficientes para litigar sucesiones internacionales, necesitaba contratar a una firma de investigación privada en México en lugar de resolver esto con sus propios medios o con los de una agencia italiana.

Su respuesta fue la que necesitaba escuchar para tomarlo en serio.

—Porque no es solamente una localización, licenciado. La documentación disponible que tenemos sobre estas cinco personas cruza estructuras corporativas, jurisdicciones distintas y, según hemos empezado a entender, episodios que se remontan a veinte años atrás, y que ninguna de las partes involucradas parece dispuesta a explicar voluntariamente. Necesitamos una firma que sea capaz de investigar sin actuar como autoridad, sin sustituir a la policía ni a la fiscalía de ningún país, pero con capacidad real de moverse en México y Brasil, que es donde se encuentran dos de las personas que buscamos. Su despacho fue recomendado por un colega que trabajó con ustedes en un asunto de investigación corporativa hace dos años tanto en México como en Brasil. Habló muy bien de la discreción y del criterio profesional de Messina & Asociados.

No pregunté quién era el colega. Ya lo averiguaría, y si Contarini mentía sobre eso, lo sabría pronto. Lo que me interesaba ahora era otra cosa.

—¿Por qué el testamento exige la comparecencia de cinco desconocidos para liberar la herencia? Normalmente una cláusula de ese tipo busca proteger a alguien, o presionar a alguien. ¿A quién protege esta?

—Esa es la pregunta que nosotros mismos nos hacemos, licenciado. El testamento no lo explica. Solamente exige identificación positiva, comparecencia y verificación formal de que cada una de las cinco personas mencionadas ha sido efectivamente localizada. No exige declaraciones. No exige que digan nada sobre su relación con el señor Romele ni entre ellas. Solo que aparezcan.

Eso era, quizás, lo más extraño de todo. Un hombre que condiciona una parte de su fortuna a la aparición de cinco desconocidos, pero que no les pide que hablen. Solo que existan, que se dejen ver, que confirmen que siguen vivos y localizables después de veinte años de lo que fuera que hubiese ocurrido entre ellos.

—¿Cuándo puedo ver la documentación completa?

—Podemos enviarle un primer paquete esta misma tarde, por vía segura. Incluye copia certificada de la cláusula testamentaria, los cinco nombres, la información disponible sobre cada uno y un resumen del mandato que proponemos. En cuanto a honorarios y alcance, preferiría discutirlo directamente con usted o con quien designe en su despacho para asuntos contractuales.

—María Caruso. Es socia del despacho y se encargará de la parte jurídica y de los términos del contrato.

—Perfecto. Le escribiré a ella también.

Antes de colgar, le pregunté algo que llevaba dándome vueltas desde el principio de la llamada.

—Contarini, una última cosa. ¿Cómo murió Romele?

Hubo un silencio breve, el tipo de silencio que un abogado hace cuando calcula cuánto puede decir sin comprometerse.

—Insuficiencia cardíaca. Tenía setenta y un años y antecedentes conocidos. Murió en su domicilio de Milán, no en un hospital, lo cual generó cierto papeleo adicional, pero no hay ninguna irregularidad médica documentada. Si me pregunta si sospechamos algo distinto a una muerte natural, la respuesta es no. Lo que resulta inusual no es cómo murió. Es lo que dejó escrito antes de morir.

Colgué el teléfono y me quedé sentado un momento, con el café ya frío, mirando el sobre donde había anotado el nombre de la empresa, el número aproximado del patrimonio bloqueado y una palabra que había subrayado sin darme cuenta mientras hablábamos: fantasma.

Me quedé sentado en la cocina un rato más de lo necesario, con el teléfono todavía tibio en la mano y el café ya completamente frío, mirando el sobre donde había anotado el nombre de la empresa italiana como si esperara que las letras se reordenaran solas y me dijeran algo distinto a lo que ya sabían decir.

No tenía prisa por llegar al despacho. Era sábado, y sábado, para María, para Antonio, para Carmela, para Daniel, significaba todavía algunas horas de sueño, de desayuno con la familia, de esa normalidad frágil que cualquier investigador privado aprende a proteger precisamente porque sabe con cuánta facilidad un caso puede arrebátarsela sin previo aviso. Decidí, antes de convocarlos, darme quince minutos que no le debía a nadie.

Fui hasta el pequeño estudio que tengo al fondo del departamento, un cuarto que en algún momento debió ser recámara de huéspedes y que terminé convirtiendo, casi sin planearlo, en el único espacio de la casa que es completamente mío, sin nada que compartir con el trabajo del despacho ni con los restos de una vida anterior que todavía insisten en aparecer, de vez en cuando, entre los cajones. Ahí guardo, en una vitrina baja de madera oscura que

perteneció a mi padre, media docena de pipas que casi nunca uso frente a otras personas, y una botella de Lagavulin de dieciséis años que abro con menos frecuencia de la que debería, reservándola, casi supersticiosamente, para los momentos en que necesito pensar sin que nadie me interrumpa.

Elegí una de las pipas más simples, de brezo oscuro, sin ninguna talla decorativa, las que mi padre solía llamar "las de trabajo" para distinguirla de las otras, más elaboradas, que reservaba para ocasiones que él consideraba dignas de celebrarse. La cargué con calma, con el mismo ritual de siempre: una mezcla de tabacos Virginia y Burley que compro en una vieja tabaquería del centro, presionado sin exceso, encendido en dos tiempos, el primero apenas para asentar la superficie, el segundo ya con la intención real de que prendiera del todo.

El primer humo, denso y con ese fondo ligeramente dulce que solo el buen tabaco de pipa conserva, me dio la excusa que necesitaba para no pensar todavía en Romele, en Contarini, en los cinco nombres sin rostro que ya empezaban a ocupar un espacio incómodo en mi cabeza. Me preparé, en cambio, un espresso doble cortado, y me senté en el sillón de cuero gastado que había heredado, también, de mi padre, aunque él nunca lo hubiera usado exactamente así: para pensar en silencio antes de aceptar un trabajo que probablemente iba a costarle más de lo que estaba dispuesto a admitir en el primer momento.

Mi padre había llegado a México siendo apenas un adolescente, parte de esa generación de sicilianos que salió de la isla no por hambre, como muchos asumían siempre, sino por algo más difícil de explicar en pocas palabras: una desconfianza profunda hacia cualquier institución que prometiera protección a cambio de silencio. Nunca me habló mucho de las razones exactas, pero sí me enseñó, sin decirlo nunca de manera explícita, una lección que ahora, dieciocho años después de terminar mi propia carrera en el aparato de inteligencia mexicano, me parecía extrañamente pertinente frente al caso que acababa de aceptar: que existen

silencios que protegen, y silencios que simplemente posponen un costo que, tarde o temprano, alguien va a tener que pagar con intereses.

El espresso con frecuencia me hacía pensar, sin poder evitarlo, en historias que mi padre contaba sobre la costa siciliana de su infancia, aunque los granos de café vinieran, obviamente, de un lugar completamente distinto, Etiopía en esta ocasión. Le di un sorbo lento, dejando que el calor se extendiera antes de tragarlo, y volví a pensar en la frase que Contarini había pronunciado con ese silencio calculado de abogado: “lo que resulta inusual no es cómo murió. Es lo que dejó escrito antes de morir.”

Había algo en esa formulación que me incomodaba de una manera que todavía no lograba articular del todo. La mayoría de los testamentos extraordinarios que había visto a lo largo de mi carrera, y había visto unos cuantos, en los años dedicados a investigación corporativa y patrimonial antes de que el despacho empezara a especializarse en casos con esta dimensión internacional, buscaban, casi siempre, algún tipo de control póstumo: castigar a un heredero desagradecido, premiar a alguien que la familia oficial prefería ignorar, imponer condiciones morales que el testador nunca había tenido el valor de exigir en vida. Pero una cláusula que exigía solamente comparecencia, sin ninguna declaración, sin ninguna confesión explícita, era distinta. No buscaba controlar el resultado. Buscaba, únicamente, garantizar que algo ocurriera, dejando el contenido de ese algo completamente abierto a lo que la propia investigación descubriera por su cuenta.

Di otro sorbo, más largo esta vez, y volví a pensar en la palabra que había subrayado sin darme cuenta durante la llamada: fantasma. Un hombre que había pasado veinte años sin existir bajo ningún nombre rastreable no era, normalmente, alguien que se escondía por vergüenza pasajera. Era alguien que había construido, con paciencia y disciplina considerables, una arquitectura completa de desaparición, del tipo que exige recursos, conocimiento técnico, y sobre todo, una razón lo suficientemente grave como para sostener

ese esfuerzo durante dos décadas sin ceder nunca a la tentación de reaparecer, aunque fuera brevemente, bajo su identidad original.

Fumé en silencio unos minutos más, dejando que el humo se acumulara despacio en el pequeño estudio, mirando por la ventana hacia la calle todavía tranquila del sábado, con apenas algún vecino sacando la basura o caminando a comprar pan. Pensé en María, que probablemente ya estaría revisando su correo aunque todavía no la hubiera llamado, con esa disciplina profesional que la hacía, en cierto sentido, más constante que yo mismo. Pensé en Antonio, que seguramente seguía dormido y que iba a maldecirme, en su acento porteño inconfundible, por sacarlo de su casa un sábado sin explicación previa. Pensé en Daniel, y en la manera particular que tiene de escuchar antes de opinar, algo que valoraba especialmente en un caso como este, donde cualquier conclusión apresurada podía llevarnos por un camino completamente equivocado.

Y pensé, aunque intenté no hacerlo con la misma intensidad con la que pensaba en el caso, en Nina. Llevábamos meses sin hablar más allá de mensajes ocasionales, cordiales pero cuidadosamente superficiales, del tipo que dos personas intercambian cuando ambas saben que hay algo pendiente entre ellas, pero ninguna encuentra todavía la manera correcta de retomarlo sin que parezca que está pidiendo algo que no tiene derecho a pedir.

Un caso como este, con su dimensión internacional, con su necesidad evidente de comprensión política y mediática que iba mucho más allá de lo que mi propio equipo podía ofrecer, tenía exactamente el tipo de complejidad que, en otro momento de mi vida, me habría dado la excusa perfecta para llamarla sin que pareciera un pretexto.

Me pregunté, mientras la última brasa de tabaco se consumía despacio en la cazoleta de la pipa, si esa era, en el fondo, la razón por la que había sentido, al colgar el teléfono con Contarini, algo parecido a un interés que iba más allá de lo puramente profesional. No podía estar completamente seguro. Dieciocho años de

entrenamiento en detectar los motivos ocultos de los demás no me habían dado, jamás, la misma claridad para detectar los míos propios.

Terminé el café con un último trago, dejé la pipa apagarse por completo en el cenicero de piedra que también había pertenecido a mi padre, y me quedé un momento más en el sillón, con los ojos cerrados, permitiéndome, antes de que el día realmente empezara, algo que rara vez me concedía en medio de un caso activo: la sensación, breve pero completa, de estar simplemente ahí, sin necesidad de resolver nada todavía.

Cuando finalmente me levanté, lavé el taza, guardé la pipa en la vitrina junto a las demás, tomé un baño y me cambié de ropa con la misma disciplina metódica que aplicaba a cualquier tarea que requiriera concentración, sentí que algo en mi cuerpo ya había tomado la decisión que mi mente apenas empezaba a formular con palabras: este caso, con su cláusula extraordinaria, los nombres sin rostro, y ese quinto hombre convertido deliberadamente en fantasma, no iba a ser uno más de los muchos que Messina & Asociados había resuelto en los últimos tres años. Tenía, desde el primer momento, la textura particular de esos casos que terminan cambiando algo más que el saldo de honorarios del despacho: la manera en que uno entiende, después, el peso real que puede tener veinte años de silencio acumulado, y el precio que alguien, tarde o temprano, siempre termina pagando por sostenerlo.

Salí del departamento con esa certeza todavía sin forma completa, pero ya instalada, de manera irreversible, en algún lugar entre la cautela profesional siempre activa, y esa curiosidad más antigua, que reconocía sin ninguna duda, cada vez que un silencio de veinte años empezaba, finalmente, a mostrar las primeras grietas.

Llegué al despacho antes de las nueve, algo inusual en sábado, pero sabía que si esperaba hasta el lunes para reunir al equipo perdería el impulso de la llamada, y con él, probablemente, algunos detalles que solo se recuerdan bien en las primeras horas.

María ya estaba ahí. Siempre llega temprano, incluso los días en que no debería.

–Contarini te escribió a ti también. –Le dije, antes de que pudiera preguntarme nada.

–Hace media hora. Un correo extremadamente cuidadoso para tratarse de un primer contacto. –Levantó la vista de la pantalla. –Demasiado cuidadoso, diría yo. Como si lo hubiera revisado tres veces antes de enviarlo.

–¿Algo que no cuadre?

–Todavía no. Pero un despacho que redacta así un correo de presentación es un despacho que ya sabe que este asunto puede terminar mal, y quiere que quede constancia de que ellos hicieron las cosas correctamente desde el principio. –Cerró la laptop a medias. –¿Qué te dijo Contarini que no puso por escrito?

Se lo conté completo: la cláusula, los cinco nombres, la ausencia de parentesco, la quinta persona sin identidad rastreable, la muerte natural de un hombre de setenta y un años que, según sus propias palabras, había dejado escrito algo "inusual".

María escuchó sin interrumpir, algo que agradezco siempre, porque me obliga a ordenar el relato mientras lo cuento, y a veces uno mismo encuentra la primera pista solo con eso.

–Un testamento que no pide confesiones, solo presencia. Eso es lo que me llama la atención. Si Romele quisiera castigar a esas cinco personas, o exponerlas, habría condicionado el dinero a que declararan algo. No lo hizo. Solo quiere que aparezcan. –Dijo, cuando terminé.

–Es lo mismo que pensé yo.

–Entonces no se trata de dinero para ellos. El dinero es el anzuelo. Lo que Romele realmente quería era que esas cinco personas volvieran a estar en el mismo cuarto, aunque sea simbólicamente, después de veinte años.

Le pedí que llamara a Antonio y a Daniel. Carlo estaba de guardia ese fin de semana en otro asunto, uno de vigilancia rutinaria para un

cliente corporativo, así que lo dejamos fuera de la reunión inicial. Carmela llegó unos minutos después de que hice la llamada, sin que nadie se lo pidiera; tiene ese instinto para saber cuándo un sábado va a dejar de ser un sábado normal.

Antonio entró con el pelo todavía húmedo y una laptop bajo el brazo, quejándose de que lo hubiéramos sacado de su casa sin explicarle nada por teléfono, en ese acento porteño que nunca terminó de perder pese a haber nacido en México, si bien vivió la mayor parte de su adolescencia en Buenos Aires.

—Me dijeron sucesión internacional y cinco nombres raros. —Dijo, sentándose. —Eso es todo lo que sé.

—Es todo lo que hay, por ahora. En cuanto llegue el paquete de Contarini, vas a tener trabajo. Necesito que verifiques identidad, ubicación actual y cualquier huella documental de cada uno de los cinco nombres. Especialmente del quinto, que aparentemente no existe.

—¿Cómo que no existe?

—No existe registro de esa identidad en ningún padrón contemporáneo. Puede significar que la persona murió sin que se actualizara el registro, que cambió de nombre por vías legales, o que directamente construyó una vida distinta para no ser encontrada. No lo sabremos hasta que tengamos el nombre completo.

Daniel llegó al mismo tiempo que Contarini enviaba el primer correo con los archivos adjuntos. Lo dejé leer el mandato preliminar mientras María revisaba los términos contractuales con más detalle, y Antonio abrió los cinco expedientes resumidos que venían anexos.

El silencio que siguió no fue el silencio de quien no tiene nada que decir. Fue el silencio de cuatro personas leyendo algo que empieza a incomodar antes de terminar la primera página.

—Marco Bellini. —Leyó Antonio en voz alta. —Abogado corporativo, Milán. Lorenzo Vanni, especialista financiero, también Milán. Raúl

Magaña, investigador corporativo con... domicilio actual en Ciudad de México.

Levantó la vista.

—¿Uno de los cinco vive aquí? ¿En la misma ciudad donde estamos nosotros?

—Eso parece. —Dijo María, sin levantar la vista de la pantalla. —Y si Contarini nos contrató precisamente por eso, entonces la localización de Magaña no era el verdadero problema. El verdadero problema es lo que Magaña sabe, y por qué nadie más en veinte años se lo sacó.

Daniel cerró la carpeta que tenía enfrente, algo que hace cuando ya tomó una primera decisión sobre cómo va a trabajar un caso.

—Yo empezaría por él. Está aquí. No hace falta cruzar un océano para hacerle la primera pregunta. Y si de verdad hay algo incómodo detrás de todo esto, la reacción de un hombre cuando alguien toca a su puerta, después de veinte años, dice mucho más que cualquier expediente.

Tenía razón, aunque en ese momento ninguno de los cuatro sabíamos todavía cuánta razón tenía, ni que esa primera pregunta, simple, directa, la clase de pregunta que hacemos cien veces al año en este oficio, iba a ser la primera grieta de algo que ninguno de los cinco nombres de esa lista había logrado cerrar en dos décadas.

Miré el quinto nombre en la pantalla de Antonio. Adriano Keller. Sin dirección. Sin registro. Sin fotografía reciente. Un hombre que llevaba veinte años siendo, deliberadamente, nadie.

—Antonio, empieza por Keller. No porque sea el más urgente. Porque va a ser el más difícil, y prefiero que llevemos ventaja con él antes de que alguien más note que estamos buscando. —Instruí.

Nadie preguntó a qué me refería con "alguien más". Pero todos, sin decirlo, entendieron que si cinco personas habían logrado guardar

silencio sobre algo durante veinte años, era muy probable que no fueran las únicas interesadas en que ese silencio continuara.

El resto de la mañana lo pasamos organizando lo poco que teníamos, que no era mucho más que cinco nombres, tres países confirmados y una intuición compartida de que el caso no iba a comportarse como una sucesión ordinaria.

María se encerró con el contrato de Contarini durante casi dos horas. Cuando salió de su oficina, traía impresas tres páginas llenas de anotaciones al margen, del tipo que hace cuando algo la incomoda sin que todavía pueda explicar por qué.

—El alcance está bien redactado, —Dijo, dejando las hojas sobre mi escritorio. —Demasiado bien, para ser sincera. Limita nuestra actuación exclusivamente a localización, verificación de identidad y evaluación de riesgo para la comparecencia. Explícitamente excluye cualquier investigación sobre "los motivos históricos que pudieran vincular a las personas mencionadas entre sí".

—¿Nos están pidiendo que no preguntemos por qué?

—Nos están pidiendo que no lo pongamos en el reporte. Que es distinto. Es una cláusula de protección para ellos. Si algo de esto termina mal, Contarini y su despacho podrán decir que contrataron una localización, no una investigación sobre hechos pasados. Lo cual significa que si nosotros encontramos algo relevante sobre lo que sea que ocurrió hace veinte años, técnicamente estará fuera del mandato.—Dijo sentándose frente a mí.

—Pero no vamos a poder evitarlo.

—No, no vamos a poder evitarlo. Localizar a alguien que lleva veinte años escondido exige entender por qué se escondió. No hay manera de separar las dos cosas. —Golpeó ligeramente el borde de las hojas con el dedo. —Lo que quiero es que quede claro, desde el contrato, que si encontramos información relevante para la seguridad de las partes o para la nuestra, la reportaremos, exista o no una cláusula que diga que no debíamos buscarla. No voy a firmar un mandato que nos obligue a mirar para otro lado si alguien empieza a recibir amenazas.

Estuve de acuerdo, y le pedí que redactara esa salvedad antes de devolver el contrato. Contarini podía aceptarla o no. Si no la aceptaba, tendríamos la respuesta a otra pregunta que ninguno de los dos había hecho todavía: qué tan dispuesto estaba ese despacho a que la verdad completa saliera a la luz.

Daniel se ofreció para el primer acercamiento a Raúl Magaña, y no discutí. Es el mejor para eso, sabe leer una reacción antes de que la persona termine la frase, sabe cuándo una pregunta debe hacerse directamente y cuándo hay que rodearla durante media hora antes de llegar a ella.

Localizarlo no fue difícil. Antonio encontró en menos de una hora que Raúl Magaña, sesenta y un años, dirigía desde hacía más de una década una pequeña firma de investigación corporativa con oficinas en la colonia Nápoles, un negocio modesto, de los que sobreviven haciendo verificaciones de antecedentes para empresas medianas y peritajes ocasionales para despachos de abogados. Nada que llamara la atención. Nada que sugiriera que ese hombre hubiera estado, veinte años atrás, cerca de algo lo suficientemente grave como para que un empresario italiano condicionara su fortuna a encontrarlo.

Daniel fue solo. Es su método de siempre para un primer contacto: nada de placas falsas, nada de pretextos elaborados. Se presenta como lo que es, investigador privado, y deja que la otra persona decida cuánto quiere ocultar a partir de ahí.

Volvió al despacho pasadas las seis de la tarde, y por la manera en que se sentó frente a mí, supe que algo había pasado.

—Se puso pálido. No cuando le dije quién era, sino cuando mencioné el nombre de Romele.

—¿Lo reconoció?

—Inmediatamente. No tuvo que buscar en la memoria. Fue como si llevara veinte años esperando escuchar ese nombre otra vez, sabiendo que algún día iba a pasar. Le expliqué lo básico: sucesión,

cláusula testamentaria, que su nombre aparecía mencionado. No le di detalles sobre los otros cuatro, ni sobre el mandato completo. Solo lo suficiente para confirmar que se trataba de él.

—¿Qué dijo?

—Casi nada, al principio. Me preguntó si Romele había muerto de causas naturales. Se lo confirmé. Entonces preguntó si alguien más lo estaba buscando además de nosotros.

Eso me interesó de inmediato.

—¿Alguien más?

—Exactamente esas palabras: "¿Alguien más los mandó a buscarme? ¿Por qué me buscan? ¿De qué se trata esto?". Lo primero que le importó fue saber si había más gente por detrás de nosotros.

Daniel se inclinó hacia adelante en su silla.

—Le dije la verdad: que hasta donde sabíamos, nosotros éramos los únicos investigando por encargo del despacho de la sucesión. No pareció tranquilizarlo.

—¿Aceptó hablar más a fondo?

—Aceptó una reunión. El lunes, en su oficina, no aquí. Puso una condición: quiere que esté presente un abogado suyo. Y me dijo algo más, antes de que me fuera, ya en la puerta, casi como si se le escapara sin querer... "Llevo veinte años pensando que si alguna vez alguien venía a buscarme, sería para matarme, no para darme dinero."

El comentario se quedó flotando en la oficina un momento. María, que había entrado a media conversación, fue la primera en reaccionar.

—Eso no es el miedo de alguien que ocultó una travesura corporativa. —Dijo. —Eso es el miedo de alguien que sabe que lo que hizo, o lo que calló, puso en riesgo su vida en algún momento, y que ese riesgo nunca terminó de desaparecer del todo.

Antonio, que había estado callado en un rincón trabajando en su laptop, levantó la vista.

—Tengo algo sobre Vanni. —Dijo. —El financiero, en Italia. No es gran cosa todavía, pero es curioso, hace catorce años cambió de residencia dentro de Milán, de una zona de bastante visibilidad social a un edificio mucho más discreto, sin portería, sin registro público de propietarios fácil de rastrear. Y hace ocho años cerró casi por completo su actividad pública. Dejó de dar entrevistas, dejó de aparecer en publicaciones del sector financiero donde antes era mencionado con cierta frecuencia.

—¿Se retiró?

—Oficialmente, sí. Pero uno no necesita desaparecer del mapa social solo porque se retira. A menos que quiera desaparecer del mapa por otra razón, y usar el retiro como excusa perfecta.

Miré los cinco nombres que Antonio tenía ahora organizados en una hoja, con los datos que habíamos logrado reunir en menos de doce horas. Dos personas que, según todos los indicios, habían reducido deliberadamente su visibilidad pública en algún momento de los últimos veinte años. Una tercera que reaccionaba con miedo, no con curiosidad, ante la mención del nombre de un muerto. Una cuarta de la que aún no sabíamos nada concreto, en Brasil. Y una quinta que, simplemente, no existía en ningún registro que pudiéramos consultar.

—Esto no es una sucesión. —Dijo Daniel, en voz baja, como si lo dijera más para sí mismo que para el resto. —Es una reconstrucción forzada de algo que cinco personas decidieron, cada una por su cuenta, no volver a mencionar nunca.

María no lo contradijo. Se limitó a preguntar algo más práctico.

—¿Vas a ir tú a esa reunión del lunes con Magaña, o prefieres que vaya alguien más?

—Voy yo. —Dijo. —Quiero escucharlo directamente. Y quiero que María venga también, por si la conversación se mueve hacia el terreno legal antes de que estemos listos para eso.

Esa noche, ya solo en el despacho, releí el resumen que Contarini nos había enviado sobre la cláusula testamentaria completa. Había una frase, hacia el final del documento, que no le había mencionado a nadie todavía, porque necesitaba pensarla antes de compartirla.

La cláusula no solo exigía la comparecencia de los cinco. Establecía además que, en caso de que alguno de ellos hubiera fallecido antes de la apertura del testamento, o falleciera durante el proceso de localización sin haber comparecido, la parte correspondiente de su porción no pasaría a sus propios herederos legales, sino que se destinaría íntegramente a una fundación cuyo objeto social, según el documento, era "la preservación de archivos documentales de interés histórico e institucional en riesgo de destrucción".

Leí esa frase tres veces. Un hombre que condiciona parte de su fortuna a que cinco desconocidos aparezcan con vida, y que además prevé, específicamente, qué pasará si alguno de ellos muere antes de lograrlo, no está simplemente esperando que las cosas salgan bien. Está anticipando que podrían no salir bien. Y está dejando, en esa anticipación, una fundación dedicada a preservar archivos, como si supiera que lo verdaderamente importante en todo esto no era el dinero que recibirían los cinco, sino algo que alguno de ellos, o él mismo, guardaba en algún cajón, en algún servidor, en alguna caja de seguridad, y que temía que se perdiera para siempre si la historia completa no salía nunca a la luz.

Anoté esa cláusula en mi propio cuaderno, separada del resto, con una sola palabra al margen: documento.

No sabía todavía qué documento era, ni quién lo tenía, ni si existía siquiera. Pero algo en la manera en que Alessandro Romele había redactado su testamento, mucho antes de morir de una insuficiencia cardíaca que nadie ponía en duda, me decía que ese hombre no había pasado sus últimos años preparando una herencia... había pasado sus últimos años preparando una búsqueda.

Apagué la luz del despacho un poco después de las once. Afuera, la ciudad seguía su ritmo habitual de sábado por la noche, ajena por completo a que, en algún lugar de Milán, en algún archivo notarial cerrado con llave, y en la memoria incómoda de cinco personas que llevaban dos décadas evitando mirarse entre sí, algo que debía haber quedado enterrado para siempre acababa de empezar a moverse otra vez.

El lunes hablaríamos con Raúl Magaña. Sería la primera de cinco conversaciones que, estaba seguro, no se parecerían en nada entre sí. Pero todas, de una forma u otra, tendrían que terminar respondiendo la misma pregunta que Contarini no había sabido, o no había querido, responderme por teléfono: ¿Qué fue exactamente lo que esas cinco personas decidieron no contar nunca, y por qué un hombre que ayudó a que ese silencio se mantuviera durante veinte años decidió, al final de su vida, ser precisamente él quien lo rompiera?

